



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 9

CTX 124 GÉNERO E IDENTIDAD

Pastor Carballo, Rosa. “Cuerpo y género: representación e imagen corporal”. En *Psicología y Género*, coordinado por Ester Barberá Heredia e Isabel Martínez Benlloch, 217-239. Madrid: Prentice Hall, 2005.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

10

CUERPO Y GÉNERO: REPRESENTACIÓN E IMAGEN CORPORAL

Rosa Pastor Carballo
Universitat de València

INTRODUCCIÓN

Resulta una cruel ironía que, mientras dos tercios de la población mundial pasan hambre, las pasarelas estén llenas de modelos casi anoréxicos, la ropa tenga medidas imposibles, los vestidos de las niñas y adolescentes sean una copia en miniatura de la ropa *sexy* de las mujeres, o que haya cada vez más gente y cada vez más joven que viva permanentemente sometida a dietas, y lo que es peor, sufriendo por conseguir un cuerpo próximo al ideal de delgadez, como *señal* de bienestar y éxito social. En los últimos años el grado de insatisfacción con el cuerpo de varones y mujeres se está aproximando. La preocupación por el peso, las dietas y el ejercicio se han convertido en una forma de vivir la relación con el cuerpo, en una cultura que idolatra al cuerpo y tiraniza a los sujetos a través de la exigencia de una *uniformidad modélica*. Ante este fenómeno no podemos permanecer impasibles sin preguntarnos qué es lo que ocurre con el cuerpo. Para entender estas paradojas y sus repercusiones en los conflictos con el cuerpo, necesitamos partir de una idea básica: *el cuerpo, que forma parte fundamental de nuestro imaginario y configura nuestra identidad, es significado de forma genérica*. Por ello, a lo largo de este capítulo vamos a tratar de adentrarnos en la complejidad de la construcción psico-social de la imagen corporal y los efectos de la significación genérica.

Desde nuestra perspectiva, todo lo referente a la corporalidad trasciende el ámbito de lo físico y remite a una dimensión simbólica que compromete la experiencia del sujeto y conforma su identidad. El cuerpo se convierte en un observatorio privilegiado desde el cual comprender cómo un hecho biológico, al ser construido en un proceso de interacción socio-subjetiva, se transforma en un referente básico de la subjetividad a partir del significado simbólico otorgado a la encarnación sexual. La investigación psicológica ha puesto de manifiesto que la formación de la imagen corporal no está exenta de las marcas sociales de la diferencia. Es sobre el cuerpo donde se inscribe la significación subjetiva y social de la diferencia sexual. La imagen corporal, que se construye como parte del desarrollo psicológico del sujeto, incorpora no solo la *gestalt* desde la que se delimita el Yo, sino también la *expectativa de ser*, en un cuerpo significado por los patrones normativos, adscritos socialmente a la categoría sexual asignada. El estudio de una realidad tan compleja como la imagen corporal, en la que interactúan diversas dimensiones subjetivas y sociales, nos ha llevado a organizar este trabajo alrededor de tres núcleos conceptuales: representación del cuerpo, formación y estructura de la imagen, e impronta del género.

1. LA CONSTRUCCIÓN PSICO-SOCIAL DEL CUERPO

El cuerpo, en su dimensión privada, remite a la experiencia personal inmediata e histórica y constituye el lugar de inscripción de la sexualidad. Sobre él y a lo largo del desarrollo se proyectan afectos e identificaciones que formarán el sustrato de la identidad del sujeto. A través del cuerpo se llevan a cabo transacciones verbales y no verbales que definen y modulan las relaciones intersubjetivas, siendo su exterioridad, su apariencia corporal, una condición decisiva en la interacción. Al mismo tiempo, en su dimensión social, es el objeto de un pensamiento regido por sistemas descriptivos y prescriptivos que

conforman el contenido del imaginario social sobre el cuerpo de varones y mujeres. Por su funcionalidad relacional se encuentra enclavado en un campo complejo de determinaciones externas, definidas desde discursos y prácticas que dan sentido a formas históricamente cambiantes de sentir, pensar y actuar la corporeidad. Su configuración es, como muestra la Figura 10.1, una trama donde se entretujan dimensiones reales, imaginarias y representacionales.

El cuerpo trasciende la materialidad de su territorio, al ser organizado por proyecciones inconscientes, surgidas de la experiencia intersubjetiva, al tiempo que es significado desde un conjunto de representaciones sociales que definen su naturaleza y funcionamiento.

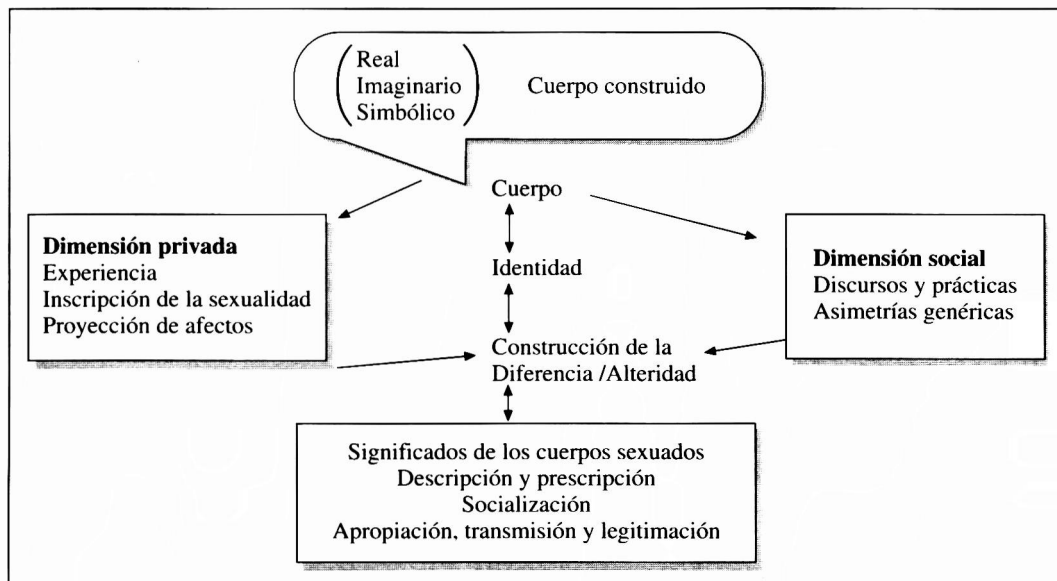


Figura 10.1 Género, Imagen y Representación del Cuerpo.

El sujeto construye, desde la materialidad y alteridad que le configuran, una proyección de sí, que forma parte de su representación, definida por patrones culturales de significación y deseabilidad social. De esta forma, lo real, imaginario y simbólico se anudan en el cuerpo, otorgándole significación subjetiva. Las construcciones culturales dan significado tanto a las dimensiones intrasubjetivas (identidad/cuerpo) e intersubjetivas (individuo/grupo) como a las referidas a la relación entre el cuerpo y la naturaleza. Las definiciones genéricas atraviesan esta multidimensionalidad, imprimiendo su marca asimétrica en la configuración de la identidad y la estructura de las relaciones del sujeto. De esta forma, tanto social como individualmente, el cuerpo generizado se constituye en soporte de la reproducción de las relaciones de desigualdad entre los sexos, pues cada cultura define los significados de los cuerpos sexuados y elabora dispositivos de su reproducción, a través de la transmisión y legitimación de ciertas formas de ser y de vivir la encarnación sexual.

2. EL GÉNERO EN LOS SIGNIFICADOS, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DEL CUERPO

A lo largo de la historia, el cuerpo recibe una pluralidad de significados que incorporan las relaciones de desigualdad genérica y que se plasman en diversos modelos de representación del cuerpo (Pastor, 2001). En nuestro contexto histórico, encontramos algunas imágenes que encierran significados prototípicos producto de esta asimetría genérica. Esquemáticamente, estos significados abarcan la dimensión reproductiva, productiva y deseante de los cuerpos:

- La dimensión **reproductiva** incluye el significado genérico de la funcionalidad biológica y social del cuerpo a través de la metáfora de la *madre*, representada por la imagen de receptáculo en el útero y el vientre, o por la imagen nutricia simbolizada en el pecho, y paralelamente por la imagen del pene como significante fálico de la *potencia*, o el tórax significante emblemático de la *fortaleza* del varón.
- La dimensión **productiva** conlleva la significación del cuerpo como fuerza de trabajo, mercancía y generador de *plusvalía afectiva*, representada a través de imágenes de mujer, vinculadas a la metáfora de la domesticidad, cuidado y trabajo doméstico, en su doble rentabilización corporal, frente a las imágenes del cuerpo «guerrero» y «cazador» del varón, relacionadas con su desarrollo instrumental, más centrado en la esfera pública (negocios, competencia, deportes, política). División productiva que también sitúa el cuerpo de mujeres y varones en *un espacio interior frente a un espacio exterior*, respectivamente.
- La dimensión del **deseo**, centrada básicamente en la *norma heterosexual y la sexualidad genital*, a través de dos formas de representación que subrayan el cuerpo en su posición de objeto, bien en su referencia sexual o ideal.
 - a) Su referencia como *objeto sexual* remite a la metáfora de la mujer *perversa* o *prostituta*, como emblema de la tentación, o su conversión en fetiche sexual desde el consumo, la pornografía o la prostitución (para analizar el papel del cuerpo como objeto sexual realiza el Ejercicio 10.1 sobre publicidad).

Ejercicio 10.1

Busca seis anuncios de prensa donde se utilice el cuerpo de la mujer y del varón y comenta el sesgo genérico de la imagen y el significado de asociación metafórica que se establece con el producto. Puedes buscar en anuncios de bebidas, coches, perfumes o artículos de limpieza.

- b) Como cuerpo *ideal* y *atractivo* plasmado en una imagen estética que disuelve la diversidad en la uniformidad y la despersonalización de un cuerpo fragmentado,

delgado o musculoso, o bien en la atemporalidad de un cuerpo indefinido que resume la metáfora de la *niñez*, y en la que se resuelve en último extremo el ideal de belleza y juventud eterna, que se deja entrever tanto en la *masculinidad fría* o de *yogur* de los modelos.

2.1. Relaciones de poder sobre el cuerpo: la impronta de género

Las narrativas personales se construyen desde un territorio corporal, marcado por las relaciones asimétricas, y al hilo de unas diferencias basadas en índices físicos significados socialmente. La visualización de este proceso de inscripción genérica de los cuerpos no es fácil; su dificultad radica en que, básicamente, las relaciones de poder asimétrico se sostienen sobre dos procesos entrelazados social e individualmente: el poder de definición y el de control.

El más fundamental ejercicio de normalización es *la definición* de varones y mujeres en oposición y asimetría. Los contenidos de la definición de mujeres y varones, como se indica en la Figura 10.2, se inscriben en el cuerpo, conformando identidades diferenciales.

Esta lectura genérica de los cuerpos responde a la definición de la «naturaleza» asimétrica varón/mujer, y a la evaluación diferencial de las características «esenciales» de masculinidad/feminidad que forman el contenido de los estereotipos y los esquemas de gé-

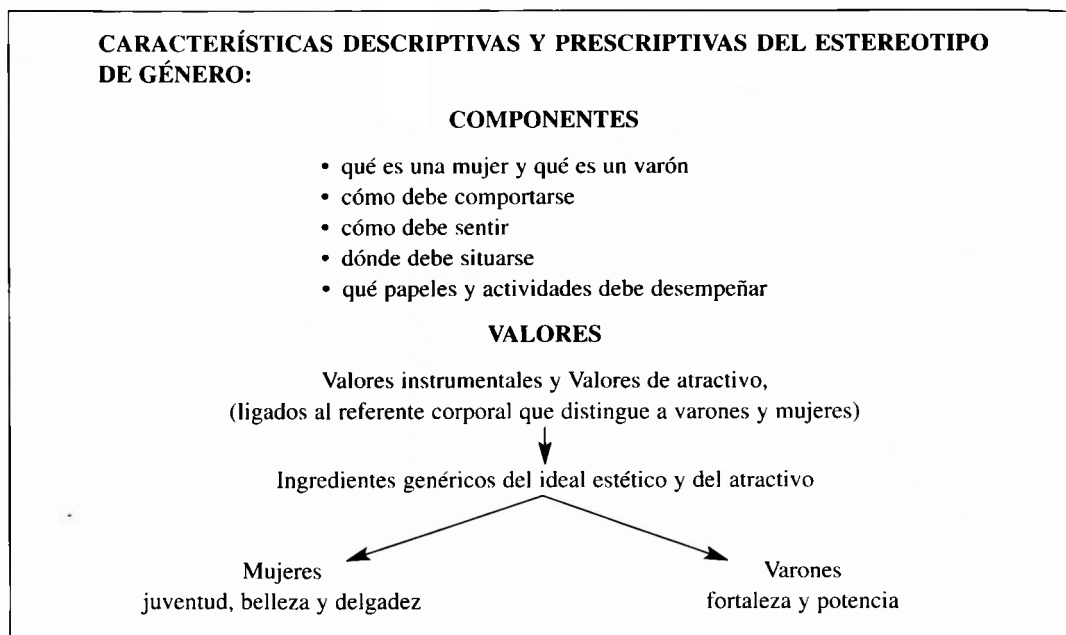


Figura 10.2. Construcción de la masculinidad/feminidad: lectura genérica de los cuerpos.

nero y que significan el cuerpo sexuado (véase el Capítulo 3, donde Ester Barberá analiza con mayor amplitud el significado y el contenido de los estereotipos de género).

Estas definiciones, transmitidas a través de la socialización, constituyen el referente de los ideales de belleza y atractivo que van a influir no sólo en la construcción de la autoimagen y satisfacción corporal, sino también en el carácter de las relaciones entre los sexos, e incluso en el significado y experiencia de la sexualidad. Esta trampa social interiorizada y recreada en la cotidianeidad, marca no sólo el desarrollo de la actividad corporal relacionada con la ubicación espacial y los ritmos temporales, a través de la asignación genérica del espacio y el tiempo (privado/público, doméstico/laboral), sino también el significado del pasaje a través de los ciclos vitales que repercute en la imagen corporal (Ussher, 1991, 1997), y compromete el desarrollo de la corporalidad y la salud. La imposición de una definición va acompañada del *control de recursos* objetivos y subjetivos. Hay aspectos, como el trabajo, el dinero, la salud o la información, que tienen un carácter más tangible y parece más clara la evidencia de su control, sin que ocurra lo mismo con el que se ejerce sobre la subjetividad (autoestima, reconocimiento, amor, deseo o placer). Controlar el conocimiento sobre el cuerpo, la reproducción, el deseo y el placer, afecta, sin duda, a la experiencia del cuerpo y a la elaboración de una imagen corporal que está comprometida en la sexualidad y el placer, y que puede ser controlada por prescripciones normativas sobre el atractivo que repercuten en el reconocimiento del sujeto y en sus formas de relacionarse.

2.2. Normas de género y control de la corporeidad

El imaginario personal sobre el cuerpo se enraíza en un imaginario social, construido a partir de la definición de cuerpos masculinos o femeninos, que legaliza ciertas formas de presentación e intercambio y excluye otras posibles. Pero, además, el control social se ejerce también desde el contexto de la *normalidad*, marcando las estrategias de consecución y adecuación al ideal normativo, los modos de relación e incluso la interpretación de los cambios corporales. Desde la *economía política* del cuerpo, como señala Foucault (1975), los cuerpos sexuados son sometidos a un progresivo proceso de domesticación (Bordo, 1989), o incluso de anulación, del que es muy costoso sustraerse. La presión normativa hace difícil y costosa la elaboración de los conflictos y la construcción de alternativas de expresión, significación y vivencia de la corporalidad. Los cuerpos son *educados* en un determinado modelo de reproducción, trabajo, deseo y placer. Los significados normativos controlan la corporalidad a través de su representación social y de la socialización de género. Las prescripciones alcanzan tanto a las formas de interacción y de expresión de experiencias y placeres como a los modos de utilización de espacios y al desarrollo de prácticas del cuidado corporal. La higiene, la salud, la estética y las formas de mostrarse, tocarse, vestirse, alimentarse o divertirse son prácticas mediadas por los significados con los que los grupos, inmersos en contextos culturales diversos, se representan el cuerpo (Bourdieu, 1998; Jodelet y Ohana, 1982; Maissonneuve, 1984; Turner, 1989).

2.3. La lógica del patriarcado: de la fragmentación del cuerpo a la anulación del sujeto

La interpretación patriarcal sobre la naturaleza y las relaciones entre los sexos imprime carácter en los sujetos, escribiendo sobre sus cuerpos, a veces dolorosamente, las reglas de su estructura de poder (Pastor, 2000). Los significados personales son configurados mediante una estructura simbólica de contenidos descriptivos, evaluativos y normativos que se transmite e instala en la subjetividad. La *naturalización* de la diferencia sexual, la *fragmentación* de la experiencia y el cuerpo y la *conversión en objeto* constituyen los pilares sobre los que reposa esta simbólica del poder patriarcal.

En primer lugar, la *esencia* de los cuerpos sexuados queda definida por su funcionalidad reproductiva y sus órganos diferenciales. *Ser varón o mujer* dependerá del ajuste a esa naturaleza específica. A partir de parámetros de determinación biológica se construyen definiciones de masculinidad y feminidad ligadas al sexo biológico. Éstas están formadas por características *instrumentales/relacionales* que integran las características psicológicas y sociales que forman el estereotipo de masculinidad y feminidad (para mayor detalle sobre las características del estereotipo M/F, véase el Capítulo 3). En consonancia, se desarrolla un operativo de interiorización del estereotipo de «varón» o «mujer», a través de la socialización diferencial de emociones, actitudes y conductas diferenciales. Los agentes que actúan como transmisores de estos contenidos son la familia y los medios de comunicación, y el desigual reparto de papeles sociales refuerza el sistema de organización y distribución jerarquizada, mientras que la creencia en el orden «natural» de los sexos racionaliza y legitima la desigualdad. Todo ello contribuye a la reproducción de la desigualdad, al definir lo apropiado del cuerpo, el pensamiento, la experiencia, los afectos y las conductas según el sexo.

La representación de los cuerpos con connotaciones de *fortaleza/debilidad o actividad/pasividad* según el sexo produce efectos diversos en la vivencia de la encarnación sexual. De esta forma, se instala un doble mensaje sobre el cuerpo: *naturalizado en función de la reproducción y descarnado en su sometimiento a la atemporalidad del ideal de belleza o a la frialdad emocional*. Esta paradoja normativa constituye una fuente de conflictos para ambos sexos: las mujeres, sometidas a un continuo escrutinio sobre su cuerpo, se enfrentan al *desorden* de un *cuerpo real* y cambiante, mientras que los varones lo hacen mediante una supuesta *fortaleza*, relativa no solo a la fuerza sino también al control emocional, que como una «vacuna» les debe inmunizar ante experiencias afectivas y sensaciones corporales que pueden distorsionar la imagen ideal de autosuficiencia. La *naturaleza eficiente, racional y no emocional* del varón, trasladada a la potencia sexual y al desarrollo de la musculatura, se convierte en la afirmación de una *virilidad natural*, que no puede sostenerse sin costo y que entra en crisis en la medida en que se alteran los elementos que apuntalan su seguridad.

En segundo lugar, el desarrollo psico-sexual aparece marcado por una dinámica genérica que polariza el cuerpo sobre los representantes simbólico-corporales de la masculinidad o feminidad, produciendo *imágenes y vivencias fragmentadas del cuerpo y la experiencia*.

De esta forma, *la masculinidad* que gira alrededor del pene convierte el órgano en expresión metonímica del cuerpo del varón, genitalizando su imagen y su experiencia sexual, cargada del simbolismo de potencia que la cultura le otorga. Otras partes del cuerpo, como el tórax o las piernas, son asimismo representaciones del binomio *protección/fortaleza* que acompaña al estereotipo. El desplazamiento de sentido de la funcionalidad biológica del órgano a las características psicológicas y sociales que se desprenden de la *potencia y fuerza* influye en la justificación «natural» de la posición de dominio de los varones. Por otro lado, se encuentra *una feminidad ambivalente* que significa la reproducción en algunas partes como el pecho, el vientre o el útero, pero también en otras que son sexualizadas y definidas por el grado de atracción y deseo que despiertan. El cuerpo se parcializa en una operación donde las partes se toman por el todo. En este proceso de desplazamiento el sujeto puede quedar fijado en los representantes emblemáticos de la masculinidad o feminidad, lo que genera una atención ansiógena en alguna de las partes como las caderas, el abdomen o las piernas, así como la imperiosa necesidad de su control a través de la gimnasia, la dieta o la cirugía.

La presión de una imagen perfecta contribuye a las dificultades de asumir el propio cuerpo, a través del tiempo. La experiencia del sujeto, delimitada a partir de un esquematismo funcional y bajo una sistemática *parcialización* de funciones y órganos, se aleja de una percepción globalizadora del cuerpo (Santamarina, 2001), asumiendo una necesidad de ser, impuesta por el férreo mandato de obtener un cuerpo perfecto. Todo ello en un contexto cultural de omnipotencia intervencionista (Tubert, 1991) que asume una visión tecnológica y fragmentada del cuerpo, y que parece desalojar al sujeto que lo encarna.

Por último, y estrechamente ligado a lo anterior, una de las condiciones de posibilidad del mantenimiento de las relaciones de dominación es la *reducción del sujeto a objeto*, su definición como *ser para otro* en el marco de su *deber ser*. La *cosificación* como proceso de desposesión y conversión en objeto, es el núcleo de la violencia de género, que se expresa en la política de los talibanes. La imposición del *burka* a las mujeres supone el extremo máximo de la negación privada y pública del cuerpo y de la identidad. Su consideración de peligrosidad liga directamente el control político del cuerpo al de la sexualidad. Otras formas de violencia también se encuentran en los ritos de feminidad en los que se mutila el cuerpo, como símbolo del acatamiento al universo social y psicológico del sometimiento, hasta llegar al maltrato, la violación o su expresión más radical: el asesinato (una comprensión más profunda de estos hechos puede verse en el Capítulo 11, que Victoria Ferrer y Esperanza Bosch dedican a la violencia contra las mujeres).

En nuestro contexto, regido por valores de mercado, el proceso de *cosificación* se lleva a cabo a través de fórmulas de apropiación y consumo. La expectativa de un ideal imposible, mantenida sobre la creencia ilusoria de poder alcanzarlo, convierte la realización personal en una carrera de obstáculos, y al cuerpo en un objeto, externo y manipulable, mediador del reconocimiento y éxito social. Al mismo tiempo, el sometimiento a la uniformidad de los modelos de feminidad/masculinidad y la presión sostenida a lo largo de la socialización dificultan las posibilidades de autonomía. La posición de objeto, que implica *ser objeto para otro*, constituye tradicionalmente el núcleo de la socialización de las mujeres en el estereotipo de la feminidad. Desde la infancia el cuerpo de las mujeres se

convierte prioritariamente en un objeto para la mirada del otro, de cuya evaluación depende el reconocimiento personal y social. Es por ello por lo que la apariencia ligada al atractivo se convierte en fuente de conflictos de imagen y del desarrollo de estrategias, como el ejercicio, las dietas o la cosmética, para convertir el cuerpo en un objeto de deseo, lo más cercano posible al ideal de atractivo definido para cada sexo. En nuestra cultura, las imágenes del atractivo basadas en la eterna juventud y la belleza modelan el imaginario y las expectativas sociales y personales, ejerciendo una presión a veces insostenible, como lo demuestra la clínica de los trastornos de la alimentación (véase el Capítulo 13).

3. IMAGEN CORPORAL, SUBJETIVIDAD Y GÉNERO

La imagen corporal constituye una representación mental subjetiva, marcada por el significado genérico, cuya organización está asociada a funciones, posibilidades y consecuencias, reales o imaginarias, así como a las emociones que generan. Su formación tiene carácter interactivo, ya que condiciona y es condicionada por las relaciones que cada persona mantiene con el mundo, con otras personas y consigo misma. La construcción de la imagen corporal es, por tanto, un proceso muy complejo en el que se articulan dimensiones y factores diversos. Para abordarlo en sus aspectos más estrictamente psicológicos nos vamos a centrar en dos núcleos temáticos que están íntimamente relacionados: en primer lugar, analizaremos la construcción de la identidad y el significado genérico del pasaje por el cuerpo, y, por tanto, el papel de la imagen corporal en la construcción de la diferencia, y en segundo lugar, la impronta del género sobre la estructura y componentes de la imagen corporal y los efectos de la socialización y la transmisión genérica.

3.1. Construcción de la identidad: significado genérico del pasaje por el cuerpo

La formación y desarrollo de la imagen supone la percepción del cuerpo como referente único, diferente y propio, en una doble vertiente: como sujeto y objeto. Un cuerpo objeto con propiedades físicas y un cuerpo sujeto, revestido de significados y afectos, y con una dimensión valorativa. La imagen corporal corresponde a una topología personal más allá de los órganos, como sustrato sobre el que se proyecta y reorganiza el yo.

El sujeto se forma sobre la base de la inestabilidad, la descoordinación y la dependencia del otro en una dinámica de conexión y separación. Devenir sujeto consiste en la fijación de los límites, que suponen la conciencia del yo como integrado y diferente a otro, a través de un cuerpo con potencialidades de establecer y transformar las relaciones. La toma de conciencia de la alteridad, en oposición y convivencia con las semejanzas, es un necesario contrapunto para el desarrollo de la subjetividad. La elaboración de las semejanzas y diferencias es, por tanto, un aspecto fundamental para el desarrollo de capacidades cognitivas, ya que permite la organización de la realidad en perpetuo cambio y la integración de las regularidades, el azar y la complejidad. En este contexto cognitivo, la imagen del cuerpo permitirá la configuración del espacio personal, definido por las líneas de su contorno y las

aperturas que permitirán los intercambios. De esta forma, la imagen corporal se constituye en una parte integrante del yo y de la conexión con el mundo. Es a partir de este movimiento de anclaje en el mundo como se establecen los vínculos necesarios de relación que permiten la manipulación, transformación y comunicación interpersonal. Este proceso aparece marcado por índices diferenciadores que posibilitan la ruptura con la confusión primaria, al tiempo que, fruto de los intercambios afectivos, se configura el sustrato de identificaciones desde las que el sujeto se reconoce como tal. En este sentido, la construcción de una imagen globalizada está determinada por el equilibrio placer/displacer, efecto de la regulación orgánica, pero también, y en gran medida, por la tonalidad afectiva, resultante de la relación con los otros sujetos y en la que el cuerpo tiene un papel de mediador, aportando la conciencia de la existencia y la estabilidad como referente básico de la identidad.

La relación con el cuerpo, íntimamente vinculada a las necesidades de reconocimiento e integración en el mundo, es vivida subjetivamente con grados diversos de satisfacción, placer o sufrimiento. El carácter de las experiencias y significaciones, otorgadas a lo largo del desarrollo del sujeto, anidan en el cuerpo, constituyendo una especial carga emotiva que influye en la formación de la imagen corporal, necesaria para producir una específica configuración del yo (Guilleraut, 1996). Este proceso de toma de conciencia de nuestra posición corpórea en el mundo se produce desde el nacimiento en el seno de las interacciones familiares, pero el imaginario social impregna la dinámica de estas relaciones a través de las cuales se configura el sujeto encarnado sexualmente. Los diversos agentes que intervienen en la socialización delinean el significado y la vivencia del desarrollo psico-sexual: padres, escuela y medios de comunicación transmiten valores sociales relativos a ambos sexos, y otorgan legitimidad a ciertas *formas de ser*, experiencias y reglas del juego entre los sexos. Estos valores se transmiten como normas explícitas y mandatos paterno-maternos, y se instalan en los sujetos de forma progresiva al hilo de su desarrollo psicológico. Su inscripción, que se realiza tempranamente a través de la relación con el cuerpo del bebé y de las expectativas generadas sobre su pertenencia sexual (Luria, 1978), forma parte importante del desarrollo de la autoconciencia como sujeto sexuado, para la que es clave la adquisición de una imagen integrada del cuerpo. La imagen del cuerpo sufre los avatares de los ajustes del desarrollo corporal, siendo especialmente crítico el momento de la adolescencia como tránsito al mundo adulto y en el que se rompe la imagen de la niñez en una explosión de cambios corporales, hormonales y emocionales.

Este proceso de construcción y reconstrucción de la imagen constituye un aspecto decisivo de la subjetividad. La complejidad de la articulación de procesos inter-subjetivos e intra-subjetivos que marcan esa construcción y el papel del pasaje a través del cuerpo lo hemos esquematizado en la Figura 10.3.

3.2. Estructura y componentes de la imagen corporal: su dimensión genérica

La investigación pone de manifiesto que la imagen corporal no es un concepto unitario, ya que engloba algunos componentes importantes que vinculan la experiencia corporal al

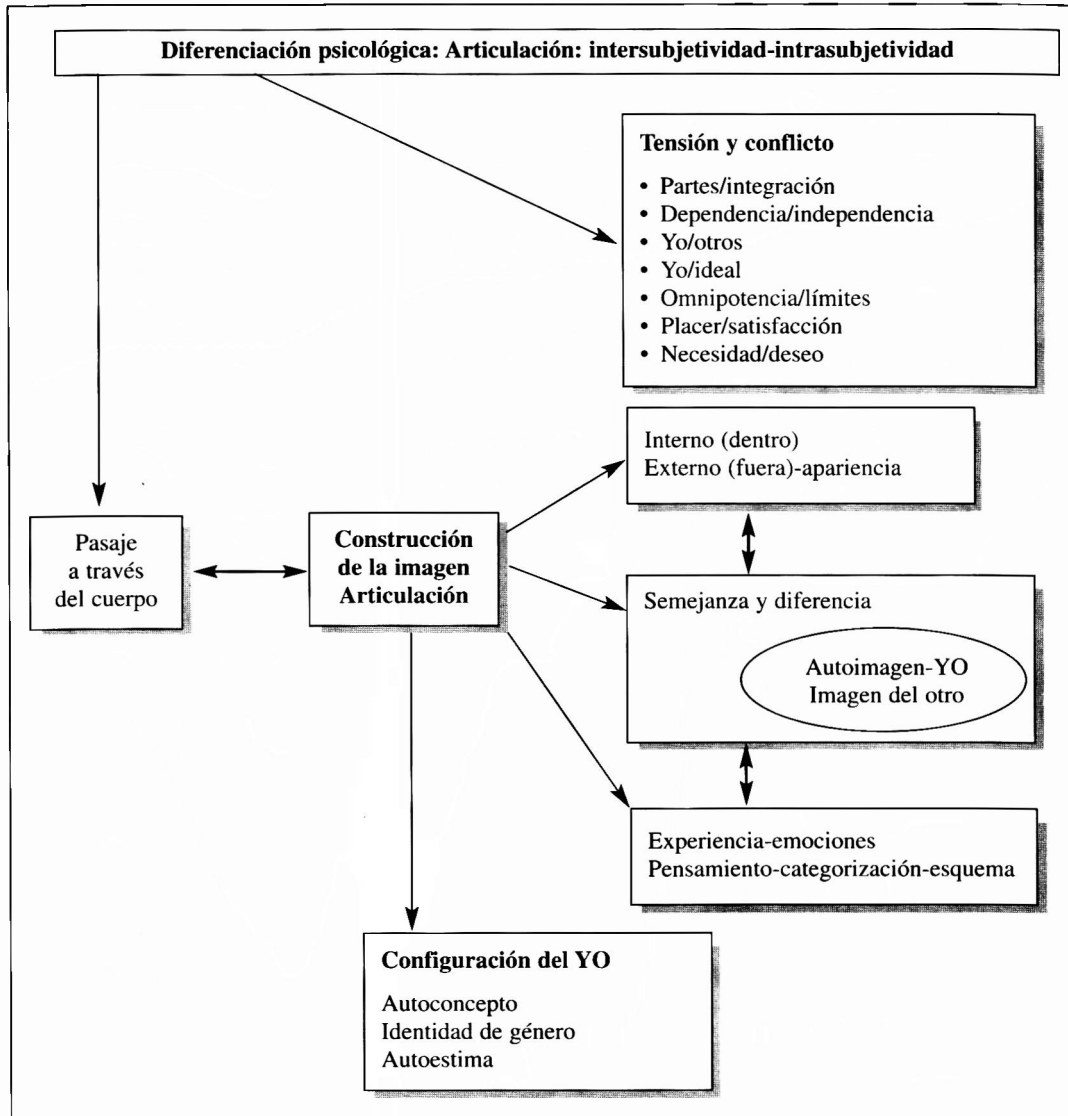


Figura 10.3 Construcción de la subjetividad: cuerpo y género.

complejo multidimensional de la autoestima y la identidad. La experiencia del cuerpo sobre la que se construye la imagen mantiene una íntima relación con la identidad y, por ello, el esquema de género atraviesa esta configuración modulándola a través de los atributos genéricos de masculinidad/feminidad. En la articulación de estos componentes se encuentran comprometidos procesos sociales, perceptivos, cognitivos, afectivos y emocionales que afectan a la construcción de la imagen (Altabe y Thompson, 1996; Cash, 1994). La articulación de estos componentes se expresa en el comportamiento privado y público donde se pone necesariamente en juego el cuerpo generizado. Los resultados del análisis de las di-

mensiones que constituyen la imagen del cuerpo nos inclina a considerarlo como un constructo multidimensional, vinculado con procesos sociales de significación genérica que intervienen en la construcción de la identidad. No cabe ninguna duda de que el cuerpo percibido como sexuado es un factor que otorga cualidades a la imagen, y que los atributos ligados a la masculinidad/feminidad generan percepciones y evaluaciones de carácter estético/ético. Las dimensiones de un cuerpo *eficiente e instrumental*, o *frágil y ornamental*, actúan como referente diferencial de la corporalidad.

En el esquema de la Figura 10.4 recogemos algunos de los componentes que han recibido mayor atención en la investigación psicológica y que pasamos a analizar a continuación: *a) satisfacción corporal*, *b) conciencia corporal*, y *c) revestimiento corporal*.

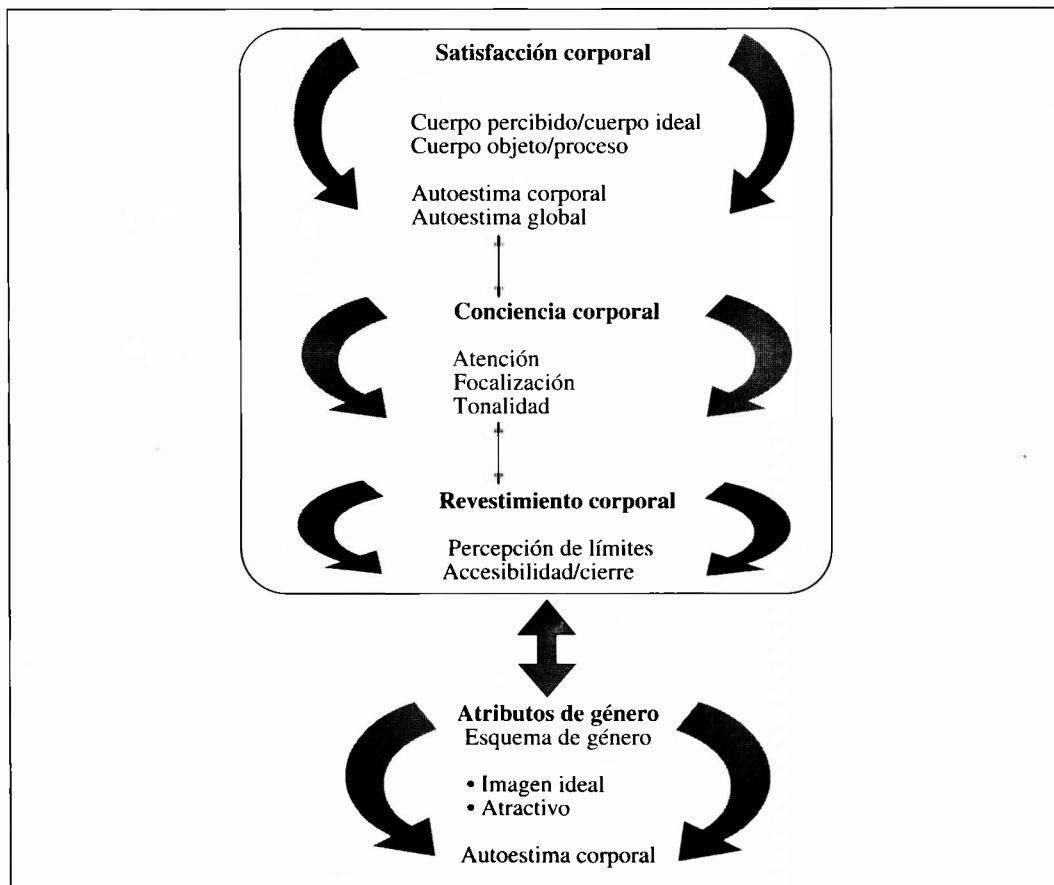


Figura 10.4 Estructura y componentes de la imagen corporal: su dimensión genérica.

a) Satisfacción corporal. Durante mucho tiempo la satisfacción ha sido considerada como la dimensión más importante de la imagen. Tradicionalmente ha sido evaluada por

la Body Cathexis Scale (Secord y Jourard, 1953), pero más recientemente se han desarrollado medidas como la Body Esteem Scale (Franzoi y Shields, 1984; Franzoi y Herzog, 1986) que consideran la satisfacción relativa a los aspectos estáticos o dinámicos del cuerpo, u otras que la relacionan con preferencias sobre tipologías corporales ideales (Forbes Gordon *et al.*, 2001; Rozin y Fallon, 1988). No obstante, la investigación ha puesto de manifiesto la dificultad metodológica para analizar esta dimensión, que en su complejidad parece estar vinculada con la percepción personal de la *deseabilidad social*. Este carácter evaluativo se relaciona con los referentes de comparación (Jones, 2001) y con los estereotipos de masculinidad/feminidad que actúan como protectores o desencadenantes de mayor o menor insatisfacción respectivamente. Todo parece indicar que en la satisfacción corporal están implicados aspectos multidimensionales que integran percepciones agradables o desagradables, relacionadas con la distancia entre el cuerpo percibido y el cuerpo ideal, y aspectos de orden cognitivo, relacional, emocional y somático. Los referentes modelísticos ejercen una gran influencia sobre la estima del sujeto. Las diferencias observadas entre varones y mujeres en cuanto a satisfacción están relacionadas con ajustes o discrepancias entre imagen e imagen ideal y, por tanto, con distorsiones de la imagen producidas por la interiorización de los ideales de atractivo. En concordancia con el marco explicativo de la teoría de los esquemas de género de Bem (1993), la identificación estereotípica tendría efectos sobre la evaluación y la estima: desde la masculinidad y androginia se obtendrían niveles más altos de autoestima y de evaluación más positiva del cuerpo que desde la feminidad, lo que indicaría el efecto de la asimetría genérica sobre la imagen corporal (el papel determinante de los esquemas de género en la organización cognitiva es estudiado con detalle en el Capítulo 3).

b) Conciencia corporal. La atención relativa sobre el propio cuerpo es también una dimensión muy compleja que integra contenidos diversos, tales como la intensidad, la tonalidad y la focalización, que pueden estar relacionados con conflictos emocionales (caso de la ansiedad corporal), ante las normas sobre la sexualidad contenidas en los roles de género y con el grado de interiorización de las demandas sociales. Es en este sentido en el que la escala de autoconciencia corporal (Fenigstein y cols., 1975) matiza la diferencia entre la autoconciencia privada y la pública, siendo esta última la que implica una mayor auto-atención sobre el yo como objeto social y, por tanto, es más dependiente de las demandas y evaluaciones externas. Otro aspecto muy importante del efecto de la posición del sujeto ante el cuerpo es el extrañamiento corporal. La escala de conciencia corporal objetivada (McKinley y Hyde, 1996) evalúa el grado en que el cuerpo es experimentado como ajeno, y como la conciencia corporal resultante, marcada por la dependencia de la mirada del otro, se focaliza en la forma exterior y en las posibilidades de transformación corporal a medida de la demanda. El análisis de los componentes de esta escala –vigilancia, pudor corporal y creencias de control–, señala respectivamente el distanciamiento del propio cuerpo y su focalización en la apariencia, así como la interiorización de las normas y las creencias sobre la capacidad de controlar el peso y el aspecto físico.

c) Revestimiento corporal. Esta dimensión supone la percepción de los límites corporales que definen las fronteras y las zonas de intercambio. Como ya hemos indicado anteriormente, la percepción de fronteras bien delimitadas constituye un factor de estabilidad

y diferenciación psicológica (yo/no yo). Por el sentimiento de privacidad que origina se relaciona con la accesibilidad corporal o el cierre hacia los contactos físicos con los otros y, por tanto, con la capacidad de establecer relaciones íntimas. En este sentido, y desde el compromiso del cuerpo con la sexualidad, puede pensarse en la relación simbólica de la situación de *cierre* de la anorexia adolescente, con un imaginario corporal distorsionado en pugna con la aceptación del significado genérico del *ser sexuado*. Otro aspecto relacionado con el significado de la superficie corporal serían las inscripciones en la superficie del cuerpo del *piercing* o del tatuaje, como marcadores de la identidad también afectados por significados genéricos, como por ejemplo la elección de lugares corporales o de símbolos.

4. EFECTOS DE LA TRANSMISIÓN GENÉRICA SOBRE LA IMAGEN CORPORAL

Un aspecto de interés es la presión y transmisión social de los ideales corporales diferenciales a través de los agentes de socialización. Las influencias socioculturales pueden ser un buen predictor de la insatisfacción de varones y mujeres (Dunkley, 2000; Franzoi y Chang, 2000; Grogan, 1999). La interiorización de la normativa genérica respecto al cuerpo afecta tanto a la configuración de la subjetividad como a la intersubjetividad. La presión cultural de los modelos ideales sobre la belleza y el atractivo repercute en la auto-imagen de varones y mujeres, causando efectos en las estrategias de acercamiento entre los sexos, pero también origina graves desajustes en la valoración de la propia imagen, en cuyo origen pueden estar importantes trastornos psicológicos (Thompson *et al.*, 1999). Algunos estudios ponen de manifiesto cómo padres y pares actúan como transmisores de mensajes sobre la apariencia y prácticas de control de la figura que afectan a ambos sexos, muy especialmente en la adolescencia. Los medios de comunicación también ejercen una presión similar en ambos sexos; no obstante, parece como si algunos varones estuvieran más protegidos por su mayor autoestima ante esta presión, aunque en general también sean susceptibles a las influencias del grupo. Las mujeres, sin embargo, parecen mostrar más descontento con su cuerpo y ser más vulnerables a la presión de los medios y también a los ideales de feminidad de las madres.

Pero, sin duda, lo decisivo en el proceso de configuración de la imagen es la interiorización de una determinada posición en la relación intersexual, significada con los emblemas de la feminidad o masculinidad y que se nutre de los supuestos caracteres *sine quanon* del atractivo sexual de cada sexo. Dedicamos los apartados siguientes a analizar algunos de estos aspectos en su relación con la satisfacción y la autoestima.

4.1. Socialización, interiorización de la mirada y cosificación

Pensar sobre la naturaleza y funcionamiento del cuerpo supone hacerlo desde una perspectiva de objeto y proceso que, según Franzoi (1995), puede ser un indicador del efecto del significado genérico sobre la estima corporal. El cuerpo puede tomarse como un objeto de partes discretas y ser evaluado estéticamente, o como un proceso dinámico y ser valorado

en su funcionalidad. En general su evaluación como objeto suele ser más negativa que como proceso, ya que en este aspecto está más sometido a la mirada y al criterio normativo de atractivo. No obstante, hay evidencias de cierta tendencia en la significación genérica en estima corporal: las mujeres manifiestan una tendencia mayor que los varones en centrar la atención e identificarse con partes del cuerpo que son objetivadas por los demás y juzgadas por su belleza. Los varones, sin embargo, lo hacen con aquellos aspectos físicos considerados en su funcionalidad instrumental. La explicación de las diferencias puede residir en la dicotomía *pasivo/activo* del estereotipo de la feminidad y la masculinidad, respectivamente. Desde este supuesto, las mujeres, centradas en el cuerpo objeto, atenderían a partes individuales, que son evaluadas con respecto a los modelos de atractivo y, por tanto, dependientes de la mirada del otro, mientras que los varones, al hacerlo sobre el cuerpo como proceso, responderían también a una evaluación estereotípica, pero desde la perspectiva de la actividad y la dinámica del cuerpo, relacionada con la socialización en la acción y no en la apariencia y belleza. Así, aunque ambos evalúen el cuerpo en ambos sentidos (estático y dinámico), parece existir una tendencia más vinculada a la feminidad hacia el cuerpo objeto, desde su asimilación del ideal *ornamental*, y otra hacia el cuerpo proceso, vinculada a la masculinidad y al ideal *instrumental*. En todo caso, los emblemas corporales de masculinidad o feminidad del cuerpo objeto son diferentes (como un ejemplo de esta dualidad corporal realiza el Ejercicio 10.2 y reflexiona sobre su significado).

Ejercicio 10.2

Las siguientes ventajas son la propuesta de un novedoso sistema de electroestimulación aparecido en la prensa española. Indica a qué ideal de belleza corresponde cada una de ellas.

Señala con una X su correspondencia con la Masculinidad o Feminidad del Ideal.

	<i>Masculinidad</i>	<i>Feminidad</i>
Mantiene la figura esbelta	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Reafirma, tonifica y estimula el volumen muscular	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Disuelve el tejido adiposo	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Produce efectos analgésicos para combatir dolores crónicos	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Proporciona una excelente relajación y masaje de los músculos	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Reduce la flacidez	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Fortalece el sistema muscular	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Fuente: *El País*, 13 de abril de 2003

Aunque es cierto que el juicio sobre los demás se hace a partir del cuerpo como objeto estático, para las mujeres esta evaluación es quizás todavía más primaria. El continuo

belleza y juventud es un estándar de feminidad ideal extremadamente saliente y difícil de evitar, ya que la apariencia física forma parte indisoluble de la evaluación como mujer. La fuerza de arrastre del reconocimiento diferencial de varones y mujeres podría explicar tanto las actitudes más positivas hacia el cuerpo en los varones, mejor posicionados en su reconocimiento social (mejor posición, mayor capacidad de decisión, más espacios de intervención, etc., y, por tanto, en los valores de la acción), como la evaluación más negativa que algunas mujeres, influidas por su aceptación del estándar de feminidad, tienen sobre algunas partes del cuerpo que consideran más fundamentales para su atractivo sexual y que, incluso, están más dispuestas a modificar que los varones.

En este sentido, la investigación más reciente subraya la importancia de la construcción cultural de los referentes de autoestima, especialmente clave en la adolescencia, como un factor que puede explicar las diferencias en autoestima corporal. La diferencia de niveles de satisfacción entre varones y mujeres podría explicarse por la asimetría en los marcos de referencia. La mejor posición de los varones, socializados en la masculinidad, tendría un efecto modulador sobre el impacto de la presión cultural. En la comparación social los varones son mejor evaluados que las chicas, cuyos estándares de comparación son más exigentes; este hecho podría afectar a su disponibilidad para ignorar los efectos negativos de la presión de los ideales, actuando su mayor autoestima global como mecanismo de protección.

La investigación también aporta elementos para pensar que el contexto normativo y los grados de interiorización de género afectan al reconocimiento de la imagen corporal y, por tanto, pueden incidir, especialmente en el periodo adolescente, en la construcción de un escenario posible de comportamientos ligados a los trastornos de la alimentación. En este sentido los diferentes modelos predictivos de los trastornos alimentarios encontrados en la investigación dirigida por Martínez Benlloch (2001) ponen de manifiesto cómo los diversos contenidos de género (masculinidad/feminidad) se reflejan de manera muy destacada en la forma en que se expresa el reconocimiento. En este estudio, los varones centraban su reconocimiento y autovaloración en variables relativas al autocontrol, poder personal, competencia y funcionamiento corporal, mientras que las mujeres lo vinculaban a factores derivados de la conversión del cuerpo en objeto (preocupación por el peso, atractivo sexual y extrañamiento del cuerpo). Estos datos ponen de relieve que hay una mayor vulnerabilidad de las adolescentes a los conflictos de la alimentación, ligada a la presión normativa de los ideales de feminidad, en un periodo especialmente significativo para el desarrollo de la identidad. Los resultados vinculan la baja estima corporal de las jóvenes con una mayor interiorización de las normas respecto al cuerpo y con dificultades para distanciarse del cuerpo como objeto de la mirada externa, datos que prueban las tesis de McKinley y Hyde (1996) sobre la relación inversa entre estima corporal y objetivación corporal.

En el mismo sentido, el trabajo realizado por Santamarina (2001), desde la perspectiva del análisis del discurso de grupos de mujeres adolescentes (véase como ejemplo el fragmento recogido en la Figura 10.5), pone de manifiesto también el carácter de la objetivación producida por la impronta del género en la imagen del cuerpo.

¿Y CUÁLES SON LAS PARTES DEL CUERPO QUE DECÍS QUE NO OS GUSTAN?

- ... pues eso, muchas, depende, a mí no me gustan mis piernas y sobre todo mis cartucheras, que las veo crecer día tras día...
- A mí el culo... si pudiera me operaba.
- Y yo el pecho, de verdad es lo peor que llevo y tengo la sensación de que todo el mundo lo único que me ve es que tengo mucho pecho...
- Pero eso nos pasa a todos, a mí me pasa con las piernas...

Figura 10.5 Fragmento del estudio realizado por Cristina Santamarina en el marco de la investigación sobre «Género, desarrollo psicosocial y trastornos de la imagen: bases para una acción social y educativa» (1997-1999). Instituto de la Mujer.

Las jóvenes de su estudio producen un discurso en el que perciben su cuerpo fraccionado y dividido en zonas sobre las que puede ejercerse control y vigilancia, bien sea a través de dietas y ejercicios, o mediante cirugía y cosmética. Algunas partes como pechos, caderas, cartucheras, estómago, abdomen, piernas y brazos, son objeto de atención privilegiada, incluso de una focalización ansiosa. A esta imagen parcelada del cuerpo, que les dificulta una percepción integrada, se añade el sufrimiento de un *cuerpo real* en transformación que es vivido como fatalidad heredada, y que les lleva a disciplinar el cuerpo antes que a disfrutarlo, frente a la expectativa de un *cuerpo virtual* de mujer que actúa como referente ideal de comparación, transmitido machaconamente por los medios de comunicación y la moda.

Parcelación y conversión en objeto son procesos que parecen inseparables, aunque los factores que desencadenan esta trampa tan peligrosa para la vida anímica puedan ser múltiples y complejos. Como hemos indicado antes, algunas explicaciones sobre la forma en que la *perspectiva de objeto* se hace carne en la imagen del cuerpo de las mujeres subrayan algunos aspectos estructurales, como son: la definición genérica y las prácticas de dominación que *cosifican* a los sujetos, especialmente a través de determinadas relaciones y prácticas mercantiles y de consumo. Pero también remarcan otros aspectos más relacionados con la intersubjetividad y determinados por la socialización diferencial de varones y mujeres. La socialización de las mujeres en la interdependencia (Markus y Oyserman, 1989) sería en cierto modo responsable de la interiorización de la perspectiva del observador sobre el cuerpo, lo que repercute en su preocupación por su apariencia física y su mayor sensibilidad a la presión de los ideales de belleza y juventud. Desde la teoría de la objetivación (Fredrikson y Roberts, 1997) se han estudiado también los efectos perversos de esta posición de objeto interiorizada, denominada auto-objetivación, que conlleva costos y beneficios. Los beneficios forman parte del resultado de mejores evaluaciones sociales y recompensas económicas o laborales que se consiguen, en una especie de estrategia para sobrevivir, a través de la anticipación a las demandas de atractivo. Los costos son el resultado negativo de la exigencia de reconocimiento del otro que genera una gran ansiedad sobre el cuerpo, insatisfacción y devaluación. Una acumulación de experiencias negativas puede, sin duda, contribuir a generar estados depresivos, problemas sexuales e incluso trastornos de la alimentación.

4.2. Los ideales genéricos como referentes imposibles

Como ya hemos comentado, los estudios sobre insatisfacción corporal ponen de relieve la importancia de las discrepancias entre el *cuerpo real* y la representación del cuerpo definida por comparación con el ideal, así como con las creencias sobre las preferencias del propio grupo de sexo y el opuesto, en la medida en que atañen al atractivo y al reconocimiento. Los estudios muestran que los ideales de género (mujeres delgadas y varones mesomórficos) repercuten en la satisfacción y en el desarrollo de estrategias de control que son el objetivo de dietas, ejercicios, o el uso más reciente de anabolizantes. A pesar de que la preocupación por la imagen es muy general, las mujeres como grupo siguen sintiéndose más insatisfechas con su cuerpo que los varones, aunque también es cierto que la insatisfacción de los varones va en aumento, presionados, sin duda, por el ideal de vigor y desarrollo muscular y por modelos de *superman* o de *Matrix*, que en cierto modo, con sus cuerpos más allá de la naturaleza, muestran la posibilidad de estar fuera de sus leyes. Mientras que los ideales de la apariencia para los varones corresponden con un cuerpo atlético, un cuerpo que se mueve y actúa y que en definitiva tiene poder, para las mujeres se resumen en un compendio de belleza y juventud y delgadez (Cohane y Pope, 2001; Dittmar *et al.*, 2000; Lipovestky, 1999). Como la feminidad tipificada está más influida por el énfasis cultural en la delgadez y el estigma de la gordura, las auto-descripciones de las mujeres muestran preferencias por ser más delgadas, pensando que los demás también prefieren lo mismo. Al mismo tiempo, los ideales juegan también con las expectativas de éxito interpersonal y social que encierran. De esta forma, si la adhesión a los roles tradicionales es un factor importante en el desarrollo de actitudes hacia el cuerpo, especialmente en lo que concierne a la apariencia física, determinada por el ideal de atractivo físico, la adaptación a los ideales lleva también implícita la promesa de recompensa social.

Las creencias sexistas que acompañan a las posiciones tradicionales pueden tener un efecto en el *cuidado* de la apariencia y en una mayor satisfacción en la adaptación al papel asignado. Recientemente, Franzoi (2001) ha analizado la relación entre algunas actitudes hacia el cuerpo de las mujeres, como un mayor uso de cosméticos, y el sexismo benevolente. (Click y Fiske, 1999). Según sus resultados, la idealización de las cualidades tradicionalmente femeninas contenidas en las creencias sexistas (especialmente de dependencia y protección) puede inclinar a algunas mujeres a aceptar la posición de subordinación, en la medida en que el cumplimiento del estándar de atractivo femenino pueda aumentar su poder indirecto sobre su entorno. Las auto-creencias sobre la relación estereotipada entre los sexos inclinaría positivamente la balanza hacia el cuidado y la atención sobre aspectos de la apariencia que puedan ayudar a alcanzar los estándares de atractivo. Así, la creencia sexista inclinaría la balanza hacia un mayor uso de cosméticos, como preparación para el éxito del encuentro romántico, y repercutiría en la valoración de las zonas del cuerpo que forman parte del estereotipo del atractivo sexual y que pueden ser alteradas por el uso de cosméticos.

Sin embargo, esta situación resulta paradójica, ya que, por otro lado, el físico del estereotipo de una mujer femenina puede ser también causa de que en otros aspectos no se la tome en serio. Por ello, la saliencia de un excesivo estándar de belleza induce a muchas mujeres a una experiencia social de ansiedad física que puede influir sobre sus sentimientos de competencia social en ocasiones interpersonales de competencia con el hombre en

aspectos sociales, económicos o políticos. Al mismo tiempo, la preferencia por los rasgos maduros en los varones e inmaduros en las mujeres sugiere una relación de preferencia asimétrica en los estándares de belleza heterosexual que está de acuerdo también con las creencias del sexismo benevolente. Aunque hay otras tendencias, la norma más general es la preferencia de los varones por lo inmaduro (la juventud) y de las mujeres por lo maduro. Pero se tiende a percibir los rasgos inmaduros como rasgos que expresan dependencia, debilidad, baja dominancia e incluso menos inteligencia. De esta forma, mientras que el uso de cosméticos puede aumentar el atractivo facial en el sentido del estándar de juventud y belleza, la percepción de inmadurez puede afectar al poder social y a la percepción de la competencia. Parece existir un doble mensaje en la vida social de la mujer que no existe para el varón: «sé femenina y cumple el estándar, atrae, sitúate como objeto, pero quédate donde estás y ocupa tu lugar de siempre».

5. SÍNTESIS Y DISCUSIÓN: MODOS DE SER, SENTIR Y ESTAR

Como hemos indicado a lo largo de los apartados anteriores, el cuerpo constituye una realidad significada en función de la cultura, de los valores y los símbolos del grupo (como ejercicio de síntesis y reflexión sobre la complejidad de la temática que hemos resumido en este capítulo proponemos la realización del Ejercicio 10.3).

Ejercicio 10.3

«Lo que ves en el espejo no te gusta / tus labios no te gustan, es grande tu nariz / El espejo son los otros que te miran / Habitas el espejo y él decide por ti // Lo que muestras no eres tú, ni lo que eres / Nos muestras lo que piensas que otro espera de ti / Y no das nunca la talla que te piden / Y el espejo se rompe y te vuelve a pedir / Y al fin lo que ves ya no dice de ti / te buscas y no llegas y no sabes al fin si eres tú la que ves. Te miras y no encuentras. Lo que ves en el espejo es lo que piensas que quieren los que miran, lo que esperan de ti; y te miras al espejo y no te encuentras / El espejo es la cárcel que te vuelve infeliz.»

Pedro Guerra. Del disco *Hijas de Eva*

Instrucciones: tomando el texto de referencia, realiza las siguientes actividades:

- Contesta a la siguiente pregunta y explica los motivos de tu respuesta. ¿En el texto se habla de una mujer o de un varón? y ¿por qué?
- Comenta su contenido tratando de responder a las siguientes cuestiones: ¿Por qué es tan importante la imagen corporal? ¿Cuál es el papel de la cultura en su configuración?
- ¿Cuáles son algunos de los efectos psicológicos de su influencia? ¿Cómo se podría intervenir para contrarrestar los efectos nocivos de las normas sobre el cuerpo?
¿Varones y mujeres están igualmente afectados?
- Después de pasar el texto a 10 personas (5 varones y 5 mujeres de tu edad) se les indica que contesten a la pregunta y expliquen los motivos de su respuesta.

Las definiciones culturales del cuerpo y los ideales influyen en la construcción de la imagen corporal, donde confluyen los ideales del yo y los principios normativos, constituyendo un importante medio de reconocimiento del sujeto que afecta al desarrollo de la autoestima. Por ello, las propuestas culturales sobre el cuerpo, transmitidas a través de los discursos, representaciones y prácticas, pueden generar tensiones y conflictos en el desarrollo de los sujetos, enfrentados a demandas contradictorias o expectativas imposibles. A través de la experiencia y la elaboración cognitiva se efectúa la interiorización del imaginario normativo sobre la naturaleza y funcionalidad corpórea. La racionalización de una supuesta *esencia diferencial* de la realidad sexuada de varones y mujeres afecta a la experiencia privada. Ésta es vivida mediante la significación diferencial otorgada al cuerpo, interiorizada en los esquemas de pensamiento y elaborada a partir de la historia de los deseos y satisfacciones del sujeto. La personal geografía corporal que compone el imaginario será el resultado de un difícil equilibrio entre cultura y sujeto, necesidad y deseo, y entre la semejanza y la diferencia de cuerpos que se unen, pero también se separan a partir de la totalidad y significado de la experiencia corporal.

En nuestra cultura, marcada por la tecnología y el consumo, todo lo visual, aparente o virtual, alcanza a la vida cotidiana, modificando la comprensión del mundo, las relaciones interpersonales y la vivencia personal del cuerpo. El cuerpo «expuesto» y «sexualizado» se convierte en preocupación y signo de éxito y salud social. El discurso tecnológico, la cultura exhibicionista y el consumo no son neutros. La fragmentación del cuerpo está marcada por su lectura genérica. Algunas partes como el pecho, los genitales o el tórax adquieren un valor sobreañadido para el éxito del intercambio sexual y son un elemento importante en la elaboración de la conciencia corporal, del reconocimiento y la satisfacción del sujeto. Las diferencias estéticas se transforman en éticas, y como buenas y deseables influyen directamente en la elaboración diferencial del auto-reconocimiento y la autoestima del sujeto. *La juventud y la belleza* forman parte de un ideal *cosificador* que estigmatiza, especialmente en las mujeres, el paso y las marcas del tiempo, y que propone un objetivo de *ser* casi asexuado y vitalmente ahistórico. A la juventud le acompaña *la delgadez*, o el *desarrollo muscular*, unos ideales que expresan la voluntad de control sobre la naturaleza del cuerpo y que se convierten en criterio de salud, bondad y éxito social.

La fuerza e imposición de la definición del atractivo, de los cánones de *belleza* transmitidos en la socialización diferencial, son interiorizadas en mayor o menor medida por los sujetos. Éstos pueden llegar a vivir en un continuo estado de *descontento normativo*, sufriendo el examen permanente de la mirada del otro y viviendo la paradoja de la ineludible realidad de su propia diferencia, frente a la deseabilidad de la uniformidad del modelo. Los sujetos, en una frenética carrera por alcanzar el éxito, pueden verse atrapados por los mensajes contradictorios que, en un mismo contexto cultural, se presentan a través de imágenes cargadas de sexualidad y al mismo tiempo desexualizadas (cuerpos de la maternidad, cuerpos andróginos/cuerpos del erotismo). Los efectos negativos de la presión normativa se amplifican en aquellas personas genéricamente tipificadas (varones masculinos y mujeres femeninas) y rígidamente conformadas por los estándares sociales sobre la apariencia física, ya que evalúan su propia apariencia mediante dichas normas y se adhieren más fuertemente que otros grupos a las normas de belleza y atractivo.

El proceso de interiorización e identificación con los modelos genéricos se desarrolla a lo largo de la vida. Los estereotipos sobre el cuerpo de varones y mujeres actúan desde la infancia y son sostenidos a través de la socialización, pero son especialmente importantes en el desarrollo adolescente, que es un tiempo de cambios corporales dramáticos, en un periodo de desarrollo cognitivo y de cambios en las relaciones interpersonales donde el foco de la evaluación está en los otros, y su reconocimiento afecta directamente a la autoestima. La apariencia es un aspecto saliente de la identidad adolescente, pero lo es muy en especial en las chicas, ya que el grado de importancia concedida a la evaluación de los otros es mayor, debido a que probablemente el otro forma parte del propio yo, como un efecto de la socialización en la interdependencia.

Los problemas de la relación con el cuerpo muestran la dificultad de conciliar la necesidad de reconocimiento y las exigencias del ideal, en algunos casos contradictorias. Como indican Unger y Crawford (1996), muchas mujeres viven sometidas a la «doble atadura» que supone responder a ideales normativos diversos y difíciles de conciliar. Aunque el índice de mujeres que padecen trastornos alimentarios es más alto, la presión normativa también alcanza a los varones. La extensión del uso de anabolizantes es una buena muestra de la insatisfacción y el reto de los ideales de masculinidad. La presión normativa puede llegar a afectar gravemente a grupos y sujetos especialmente sensibles en momentos críticos de su desarrollo (adolescencia, atletas, modelos, bailarines), y especialmente cuando se une la insatisfacción corporal basada en criterios de delgadez y de competición con fuertes niveles de perfeccionismo y exigencia de éxito. Aunque los conflictos o los trastornos derivados no afectan sólo a las mujeres, sin embargo, son las que más lo muestran, ya que los estándares de belleza y delgadez son especialmente rígidos para ellas. Las prácticas corporales de moda aparecen marcadas de forma genérica, estableciendo patrones restrictivos para las mujeres, en el duro camino de mantener una figura perfecta y delgada, mientras que para los varones se incentivan planes corporales de fortalecimiento y ampliación de la fuerza corporal. Aunque en la actualidad hay una tendencia al desarrollo muscular en ambos sexos, la diferencia está en el énfasis. Obtener masa y tono es un objetivo para varones y mujeres respectivamente. Esta diferencia marca la elección de sus estrategias, por eso los chicos no se inclinan tanto por desarrollar medidas para adelgazar, pero sí por otras que permitan alcanzar un tamaño y una forma ideal. En definitiva, un conflicto permanente con ese *desorden* del cuerpo que pone en evidencia su naturaleza finita y mortal.

Las definiciones y prescripciones de nuestra cultura generan la expectativa de un «cuerpo imposible» sujeto a continuas prácticas de reparación, diseñadas bajo el señuelo de la juventud eterna. La presión de la cultura somete a varones y mujeres a férreos cánones de belleza y prácticas de domesticación, imprimiendo sobre el cuerpo las leyes de poder del mercado y la globalización. Desde estas coordenadas los cuerpos emergen bajo el sufrimiento de la «carencia» o el «exceso» de la opulencia, y se expresan en los síntomas como metáforas de su apropiación y su alienación. Los conflictos de la imagen corporal, como los que se dan en los trastornos de la alimentación, son, según algunos autores (Gordon, 1990; Toro, 1996), síntomas del mal-estar que genera el férreo control social de una sociedad que ha reducido drásticamente las posibilidades de control personal, mientras que cultiva un espejismo omnipotente, consumista, virtual e intervencionista.

A lo largo de este capítulo hemos tratado de responder a algunas preguntas sobre el carácter construido de la imagen corporal y el modo en que las relaciones de desigualdad afectan al significado de la corporalidad. Nuestro deseo ha sido participar en la comprensión de uno de los conflictos normativos más graves de nuestra sociedad, con la firme creencia de que el conocimiento y la reflexión sobre la significación genérica del cuerpo podrán, sin duda, contribuir al diseño de estrategias de flexibilización personales y sociales más allá del discurso normativo sobre el cuerpo. Y con la esperanza de comprender mejor a todas aquellas personas que, presionadas bajo definiciones normativas de cuerpos e identidades, luchan por salir del engaño de creer que la búsqueda de señales de identidad consiste en encarnar un *destino generizado*.

6. GLOSARIO DE TÉRMINOS

Cuerpo. Organización de proyecciones inconscientes, surgidas de la experiencia intersubjetiva y significadas desde un conjunto de representaciones sociales que definen su naturaleza y funcionamiento.

Cuerpo generizado. Representación psico-social construida en un proceso de interacción socio-subjetiva, y referente básico de la subjetividad a partir del significado simbólico otorgado a la encarnación sexual.

Imagen corporal. Representación mental subjetiva, marcada por el significado genérico, cuya organización está asociada a funciones, posibilidades y consecuencias, reales o imaginarias, así como a las emociones que generan.

Cuerpo objeto. Percepción del cuerpo en sus partes discretas, en su superficie, sobre las que recae la mirada y es sometido a evaluación estética.

Cuerpo proceso. Percepción del cuerpo como un proceso dinámico, valorado por su funcionalidad y carácter instrumental.

Estima corporal. Satisfacción con el cuerpo en referencia a su funcionamiento y al reconocimiento de los demás.

Naturalización de la diferencia. Esencialización de las diferencias anatómicas y funcionales con respecto a la reproducción y su conversión en asimetrías psicológicas y sociales.

Fragmentación del cuerpo. Percepción no integrada del cuerpo. Imagen parcial y atomizada del cuerpo.

Cosificación. Proceso de desposesión y conversión del sujeto en objeto. Tratamiento del sujeto como cosa. Manipulación despersonalizadora.

Asimetría genérica. Relaciones de desigualdad, jerarquización y oposición basadas en el supuesto de la diferente naturaleza de varones y mujeres, que configuran los contenidos psicológicos diferenciales de masculinidad y feminidad y que tienen implicaciones en la construcción de la subjetividad.

7. LECTURAS SUGERIDAS

- BOURDIEU, P. (1998). *La domination masculine*. Paris: Seuil (traducción castellana, *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000).
- GROGAN, S. (1999). *Body image: understanding body dissatisfaction in men, women, and children*. London: Routledge.
- GUILLERAUT, G. (1996). *Les deux corps du moi: schema corporel et image du corps en psychanalyse*. Paris: Gallimard.
- JAGGAR, A. y BORDO, S. (Eds.) (1989). *Gender, body, knowledge*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- LIPOVESTKY, G. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.
- MARTÍNEZ BENLLOCH, I. (Coord.) (2001). *Género, desarrollo psico-social y trastornos de la imagen corporal*. Colección Estudios, 71. Madrid: Instituto de la Mujer. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- PASTOR, R. (2000). Aspectos psico-sociales de la asimetría genérica: rupturas, cambios y posibilidades. En J. Fernández (Coord.), *Intervención en los ámbitos de la sexología y de la generología* (pp. 217-245). Madrid: Pirámide.
- REVERTER, S. (Ed.) (2001). La construcció del cos. Una perspectiva del gènere. Monogràfic. *Dossiers Feministes*. Castellón: Universitat Jaume I.
- TUBERT, S. (1991). *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI.
- TURNER, B. S. (1989). *El cuerpo y la sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- USSHER, J. (1991). *La Psicología del cuerpo femenino*. Madrid: Arias Montano.